

EFRAÍN HUERTA Y UN ALBA DE VIOLETAS

José Francisco Conde Ortega*

1. VIAJERO: HAS LLEGADO A LA REGIÓN MÁS PROMISORA DEL DÍA

Ésta es el alba, primera luz que anuncia la fatiga de los días; pero también último cuarto en que los centinelas dividían la noche. Por eso es el anuncio de la otra vigilia: de la frágil certidumbre de estar vivo después del azoro de la noche. Región que se transforma a sí misma, y que en sus prodigios arrastra la inaudita conciencia del desastre; y de la construcción de la memoria. O territorio privilegiado desde donde se avizora el enconado caudal de experiencias que dan sentido a una ciudad que, en sus lugares más ardorosamente propicios, permite la existencia del héroe y el ladrón; de la virgen y la prostituta; del santo y del habitante más comúnmente inesperado.

Ésta es el alba de Efraín Huerta: un barco de velamen desplegado por donde se observan sirenas verdaderas y marineros en busca de la tierra. Ardorosa región para vivir de pie y dejar que los deseos impongan su designio porque así debe ser. Porque la sabiduría de la noche rezuma fragancias de claveles o jazmines o magnolias... y se prepara el olfato —¿el más refinado de los sentidos?— para percibir enteramente el

perfume de la piel de una muchacha; y los olores de la gente que inunda la ciudad siempre “negra o colérica o mansa o cruel”,¹ pero siempre intensamente amada y dolorosamente asumida, quizás porque es de “ceniza y tezontle cada día menos puro, (...) de acero, sangre y apagado sudor.”² Escribe Huerta en “Precursora del alba”:

Pero al alba ha querido nacer de la garganta dulce, cálida y delicada de una joven. Infatigable y gozosa como un caos, el Alba. Ahora comprendemos esos llantos humanos, ahora conocemos esas triste creaturas que mueren de cinismo y olvido de llorar.³

Y allí comienza el viaje. En la garganta de una muchacha para que se comprenda verdaderamente el sonido de la ciudad que sorprende y enamora. Tal vez porque nace del caos, principio ineludible para el gozo.

¹ “Declaración de odio”, p. 80. Cito por la edición Efraín Huerta, *Poesía, 1935-1968*, de Joaquín Mortiz. De la página 57 a la 107 se encuentra *Los hombres del alba*, libro al que me referiré en este trabajo, por lo que, en adelante, sólo citaré el poema de este libro y la página.

² *Loc. cit.*

³ P. 70.

Ésta es la región que transcurre entre el sueño y la vigilia de *Los hombres del alba*, libro de la primera madurez poética de Efraín Huerta, publicado en 1944, y que ahora, a 60 años de aparecido, permite renovadas lecturas y nuevos motivos para otro reconocimiento de una ciudad de México que parece írsenos de las manos y de los ojos. Por eso la insistencia del poeta en buscar el alba en la figura femenina, suma y decantación de todos los milagros; y resguardo que es, al mismo tiempo, pretexto para el alba y encuentro con la ciudad apetecida. Escribe Huerta:

Oh precursora, joven ligera y tibia
que vivías resignada en complicados silencios,
en tenebrosas parcelas de inquietud infecunda,
en señaladas nieblas como crímenes,
hoy vives consagrada a la fresca tarea
de fabricar mañanas en tu nombre.⁴

Y es que Huerta, el entrañable Efraín, el bien amado cocodrilo-poeta, como los primeros cronistas de Indias, no ocultó su asombro ante la magnificencia de la ciudad; como Cervantes de Salazar, no escatimó esfuerzos para mostrársela a los forasteros; como Balbuena, quiso cantarla en su grandeza; como Alfonso Reyes, tejió con ella artificios de lenguaje; como Novo, también la hizo suya a fuerza de las más encontradas sensaciones. El tercer apartado de "Teoría del olvido" se titula justamente *La Ciudad*. Allí se lee:

La mañana en los hombres milagriza
doloridos deseos, y tiernas plumas
de palomas infames se levantan
gritando de amor sin vida por la calle,
alarmando campanas y jardines,

⁴ Loc. cit.

fabricando con vidrios de invierno.
¡Duras plumas: castigado merecido
para evitar el fuego del candor!⁵

Y Huerta se construyó un observatorio privilegiado: el alba, territorio promisorio de las más aviesas intenciones y amor purísimo. Y el poeta no tuvo miedo de ser, a un tiempo, cantor y profeta, político combativo y hombre de la calle. Por eso, tal vez, no es descabellado pensar que, como Dante, arriesgó un juicio de su tiempo; y como sor Juana, emprendió el viaje del alma para comprender más del hombre, aunque esta vez no por el sueño sino por el filosófico equilibrio del alba, armado nada más que por su capacidad de amar. Por eso escribe, en el poema que da título al libro:

Son los que tienen en vez del corazón
un perro enloquecido
o una simple manzana luminosa
o un frasco con saliva y alcohol
o el murmullo de la una de la mañana
o un corazón como cualquiera otro.⁶

Ahí estriba la necesidad del conocimiento del hombre. Reconocerse en la ardua noche, obvia preparación para vivir el día, augura la otra vigilia, la que permite observarnos de otro modo, porque al aceptar el desafío de mirarse en el espejo nocturno se contemplan otros cuerpos que

Son los hombres del alba.
Los bandidos con la barba crecida
y el bendito cinismo endurecido,
los asesinos cautelosos
con la ferocidad sobre los hombros,
los maricas con fiebre en las orejas

⁵ P. 64.

⁶ P. 87.

y en los blandos riñones,
 los violadores,
 los profesionales del desprecio,
 los del aguardiente en las arterias,
 los que gritan, aúllan como lobos
 con las patas heladas.
 Los hombres más abandonados,
 más locos, más valientes:
 los más puros.⁷

2. LOS RUIDOS DEL ALBA

Manuel Gutiérrez Nájera, en “La Duquesa Job”, quiere demostrarle a Manuel Puga y Acal, quien acaba de llegar de Europa, que la ciudad de México está a la altura de cualquier ciudad del mundo. Que de este lado del Atlántico se sabe disfrutar de la vida; que el *confort* y el *savoir vivre* son monedas de cuño corriente en esta metrópoli en tiempos de paz... cuando menos para algunos. Y la calle de Plateros se ununda con el grácil taconeo de la duquesita. Y Chapultepec es pintoresco y apacible: propicio para el almuerzo que comienza el galanteo.

Después, Ramón López Velarde, en uno de los poemas mexicanos con más carga de ironía —“La suave patria”—, ensancha su visión para encontrar a una patria “impeccable y diamantina”, “suave”, pero en ese tren como “aguinaldo de juguetería” y en “los veneros de petróleo” que le escribió el diablo, ve moverse a los atisbos de modernidad como una amenaza. Y el *Duque Job* era un gran caminador de la ciudad.

Poco más de 20 años después de este poema aparece *Los hombres del alba*, 20 poemas que constituyen un dolorido canto a la ciudad de México. De la misma

estirpe espiritual que Gutiérrez Nájera y López Velarde, Efraín Huerta descubre que si el mundo ha cambiado, no ha sido exactamente para bien; que la paz era solamente el señuelo para no mirar ese desmentido feroz que es la injusticia; y que, en efecto, el espejismo de la modernidad siempre ha propiciado la desigualdad más lacerante. Efraín Huerta vive cuando los gobiernos “emanados de la Revolución” se empeñan en un discurso demagógico al tiempo que se agranda la brecha entre los ricos y los desposeídos: cuando los movimientos populares son reprimidos y en los hombres, pese a todo, hay esperanza. Las dos guerras mundiales han señalado la primera mitad de siglo XX: México —y su ardorosa ciudad capital— soportan ese estigma. Y muchos de sus hombres tienen esperanza.

Por eso *Los hombres del alba* es un libro que, en el sentido más generosos del término, puede leerse, también, apelando al sentido cívico. Y político. Sobre todo de la manera en que lo entendía Aristóteles: el deber del ciudadano es compormeterse con los asuntos de la *polis*. Esto le daba sentido a su existencia como ciudadano responsable. Por eso el canto de Efraín Huerta es elevadamente lírico y rabiosamente comprometido. No teme a los ruidos del alba.

En ese sentido, en un esfuerzo inaudito por encontrar señales claras —aun con el riesgo de una simplificación excesiva—, podrían señalarse seis poemas emblemáticos: los cuatro cantos de abandono y las declaraciones de amor y de odio. Son poemas de rabia y entrega: de rabiosa entrega a una ciudad dolorosamente amada. Una ciudad que permite leer su historia y un presente de injusticia y doble discurso político. Pero una ciudad que, pese a todo, alberga una idea de la esperanza por medio de la lucha de quienes creen que el futuro se construye.

⁷ Loc. cit..

Son poemas de certidumbre y de encono. Un trasfondo de tragedia les confiere su peculiaridad temática; y un elevado tono lírico los acerca a sus lectores. Y el alba los preside. Sobre todo cuando ésta se deja oír en ciertas voces, gemidos, susurros, míti-nes, ruidos... Escribe el poeta en "Declaración de amor":

Ciudad que llevas dentro
mi corazón, mi pena,
la desgracia vercosa
de los hombres del alba,
mil voces descompuestas
por el frío y el hambre.⁸

Es la ciudad donde todo acude como una
suerte de milagro:

Amplia y dolorosa ciudad donde caben los
perros,
la miseria y los homosexuales,
las prostitutas y la famosa melancolía de los
poetas,
los rezos y las oraciones de los cristianos.
Sarcástica ciudad donde la cobardía y el
cinismo son
alimento diario
de los jovencitos alcahuetes de talles ondu-
lantes,
de las mujeres asnas, de los hombres vacíos.⁹

Pero también es una

Ciudad negra o colérica o mansa o cruel,
o fastidiosa nada más: sencillamente tibia.
Pero valiente y vigorosa porque en sus calles
viven los
días rojos y azules
de cuando el pueblo se organiza en columnas,

⁸ p. 83.

⁹ "Declaración de odio", p. 80.

los días y las noches de los militantes co-
munistas,
los días y las noches de las huelgas victoriosas,
los crudos días en que los desocupados
adiestran
su rencor
agazapados en los jardines o en los quicios
dolientes.¹⁰

Porque la ciudad exige la atención más
depurada; porque en el ir y venir de la gen-
te por las calles, el oído perceptivo apren-
de a descifrar sus señales nada inocentes.
Entonces el escudo más seguro, solicitado
tiernamente para el reposo del guerrero:

Yo no sé. Yo ignoro las mañanas
y los atardeceres. Sólo conozco el alba
y parte de la noche, adorable de fuego,
herida prolongada, joven mía.¹¹

Con todo, el poeta ha hecho su elec-
ción. Decidió cantar a una ciudad con re-
milgos de mujer y maquillaje de todas las
albas. Así, no puede menos que reconocer

Mi voz es el resumen de todos los insomnios:
mi adolescencia mediocre y sencilla
como una ceniza palpitante.¹²

Porque, acaso, tan sólo

Soy una noche blanca moribunda,
voz de encono y ruptura,
voz de alba,
mustia y líquida voz del abandono.¹³

Los ruidos del alba son la otra sangre de
una ciudad. Son la manera de sentir el rit-

¹⁰ *Loc. cit.*

¹¹ "Tercer canto de abandono", p. 78.

¹² "Primer canto de abandono", p. 76.

¹³ "Segundo canto de abandono", p. 77.

mo verdadero. Sin engaños ni falsos pudores, las ciudades nos entregan el latido de su corazón purificado a fuerza de cobijar esfuerzos despedazados y esperanzas a toda prueba. La ciudad entrega su corazón para el canto. Por más que surjan momentos parecidos al desconsuelo:

Estoy con una mano señalando la aurora
y el corazón cansado de su tímida sangre.¹⁴

3. AUSENCIA SIN OLVIDO

Los 20 poemas de *Los hombres del alba* podrían leerse como una suerte de viaje del alma del poeta hacia un mayor conocimiento del alba, de esa región que propicia los encuentros. Así, los primeros 11 serían, en ese sentido, una preparación y un descubrimiento paulatino de las virtudes del alba, sobre todo cuando ésta se resguarda en el amor, aun cuando éste se pueda convertir en recuerdo desolado. Los cuatro que siguen —Las declaraciones de amor y de odio, “Los hombre del alba” y “La muchacha ebria”— serían el viaje en sí, cuando el alba se refleja en la ciudad y todo lo que a ésta atañe. El alba, así, descubre y desordena las complejidades del conglomerado humano que habita la ciudad. Y quiere ser redentora y cómplice; pretexto para la ignominia y la única posibilidad para la salvación. Finalmente, los últimos cinco poemas constituirían una suerte de paradoja. Por un lado, son la evidencia del alba: un puerto adonde llegar. Por otro, tendrían que asumir la conciencia del desastre: una vuelta al principio del viaje con una carga mayor de desaliento.

¹⁴ “Cuarto canto de abandono”, p. 93.

“La muchacha ebria” es un poema que revitaliza la costumbre de los brindis de los poetas románticos. En su tono de desolada ternura, el texto concilia la noche más ferozmente gastada con una idea del amor más puro, ése que no exige nada y nada ofrece: el que dura nada más lo indispensable. De ahí el inevitable asomo de algo muy parecido a la derrota temprana y a la gris melancolía:

Todo esto no es sino la noche,
sino la noche grávida de sangre y leche,
de niños que se asfixian,
de mujeres carbonizadas
y varones morenos de soledad
y misterioso, sofocante desgaste.¹⁵

De otro modo, una suerte de inmolación también es necesaria. Amar a la ciudad implica pagar un precio. De otro modo: el sacrificio —es obvio— es una forma de purificación. Y darle una vuelta a la hoja para permanecer, para levantar la voz con la mayor dignidad y merecimientos:

Llegué a ofrecer mi sangre,
mi aguda sangre de loco minucioso,
por esta idea, o hambre:
tan sólo el alba y ciertas
verdades corroídas,
digo, convencionales hasta el asco,
podían redescubrirme
las virtudes más dulces,
o latir sumergidas
en el nocturno río de mi esqueleto.¹⁶

De lo contrario, como estigma fatal, sólo quedaría el desprecio, como lo expresa el

¹⁵ “La muchacha ebria”, p. 89.

¹⁶ “Poema del desprecio”, p. 103.

poeta en "Poema del desprecio"¹⁷ No obstante, queda una certidumbre para el principio y el final del viaje:

Y ha terminado la oración:
esta flor es un templo y un abismo,
una brillante consigna y un apretón de manos.
Porque lo que existe en la sangre no es otra
cosa que
la verdad
la verdad a ciegas y a todas luces,
la robusta verdad de los verdaderos hombres.¹⁸

4. EVIDENCIA DEL ALBA

Cuando dice Efraín Huerta:

Mi amor se desligó de las auroras
para entregarse todo a tu murmullo,
a tu cristal murmullo de madera blanca
incendiada.¹⁹

parece desde su principio de conocimiento, su atalaya para conocer del viaje; pero no. Ella, ese amor, tiene diecinueve años y ya es un recuerdo. Y hubo silencios que nutren el abismo. Por eso dice, en la segunda parte del poema:

Expliquemos al viento nuestros besos.
Piensa que el alba nos entiende:
ella sabe lo bien que saboreamos
el rumor de limones de sus ojos,
el agua blanca de sus brazos.²⁰

Entonces el alba se humaniza. No hay más explicación para el olvido. Sólo el re-

cuerdo en el alba cómplice. "Realmente nunca nos amamos"²¹ —dice el poeta— y descubrimos que el impulso fue el deseo. Por eso, nada más "ruidos del alba".²²

Por eso, también, llamado urgente de la carne en el momento más propicio: "en el alba las todillas desesperadas de una virge"²³ Y, después de todo, cuando el amor parece nada más un huésped que importuna, dejar que los ojos naden "en los escombros del alba".²⁴ No obstante, algo que acaso imaginamos amor si existe, pese a todo. Y la figura del alba se vuelve más urgente:

Pero el Alba ha querido nacer de la garganta dulce, cálida y delicada de una joven.
Infatigable y gozosa como un caos, el Alba.²⁵

Entonces, justificación, necesidad, verdad que necesita revelarse; o espejismo nada más, milagro de ese "minuto cobarde" en el que caben todos los prodigios:

Oh precursora, joven ligera y tibia
que vivías resignada en complicados silencios,
en tenebrosas parcelas de inquietud infecunda,
en señaladas nieblas como crímenes.,
hoy vives consagrada a la fresca tarea
de fabricar mañanas en tu nombre.²⁶

En algún momento se llega a descubrir que el amor no dura toda la vida. Y que cada momento hay que vivirlo, por eso mismo, como si fuera el último. Tal vez esté allí la sabiduría del amor. Y en el conocimiento

²¹ *Ibid.*, p. 58.

²² *Loc. cit.*

²³ "Verdaderamente", p. 64.

²⁴ *Ibid.*, p. 65.

²⁵ "Precursora del alba", p. 70.

²⁶ *Loc. cit.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 103-107.

¹⁸ *Ibid.*, p. 107.

¹⁹ "Los ruidos del alba", p. 57.

²⁰ *Loc. cit.*

y exploración de la piel de una muchacha.
Y en la ventura del alba:

Yo no sé. Yo ignoro las mañanas
y los atardeceres. Sólo conozco el alba
y parte de la noche, adorable de fuego,
herida prolongada, joven mía.²⁷

Y, con todo, el amante sabe –debe saber– que el viaje mayor de la existencia ocurre cuando la embarcación es el cuerpo femenino. Entonces nada tiene sentido. O se conocen nuevas formas de sentirse vivo. De ahí la aparente renuncia:

La consigna del alba no existe
cuando hay dos pechos juntos
y sábanas llorando de fatiga.²⁸

Después el alba se llena de ruidos y de gente; y la ciudad se vuelve una amante apetecida. Por eso el poeta le declara su odio como la forma más pura del amor. Y la sufre y viaja por ella y enfrenta sus peligros; y se enternece con los que saben vivir en ella y por ella. Y conocen otra forma del alba. Éstos son los hombres del alba:

Son los que tiene en vez de corazón
un perro enloquecido
o una simple manzana luminosa
o un frasco con saliva y alcohol
o el murmullo de la una de la mañana
o un corazón como cualquiera otro.

Los hombres más abandonados,
más locos, más valientes:
los más puros.²⁹

²⁷ "Tercer canto de abandono", p. 78.

²⁸ *Ibid.*, p. 79.

²⁹ V. supra.

Estos hombres son los que viven y padecen la ciudad. Y la aman. Y los que han hecho todo para merecerla. Son los que pueden

Estar simplemente como delgada carne ya sin piel,
como huesos y aire cabalgando en el alba,
como un pequeño y mustio tiempo
duradero entre penas y esperanzas perfectas.³⁰

Y conviven con prostitutas, homosexuales, perros, vulgarísimos burgueses y "la famosa melancolía de los poetas."³¹ Ciudad con "albas como vírgenes hipócritas",³² tan amplia y rencorosamente amigable, soporta los rezos de los cristianos y "chicas de aire, caramelos y films americanos."³³ Ciudad, en fin, que tiene la esperanza de que en algunos hombres no existe la apatía y se organizan en huelgas y columnas y militan en organizaciones comunistas: Ciudad donde caben la belleza y la corrupción. Y la "desgracia verdosa de los hombres del alba."³⁴ Y la muchacha ebria, resquicio de la ternura inacabable. Y

... poetas publicistas
(...) y su enfadosa categoría de descastados
(...) y sus flojas virtudes de ocho sonetos
diarios
(...) sus lamentos al crepúsculo y a la soledad interminable
(...) sus retorcimientos histéricos de prometeos sin sexo
(...) estatuas del sollozo, (con) su ritmo de asnos en busca de una flauta.³⁵

³⁰ "Declaración de odio", p. 80.

³¹ *Loc. cit.*

³² *Ibid.*, p. 81.

³³ *Loc. cit.*

³⁴ "Declaración de amor", p. 83.

³⁵ "Declaración de odio", p. 82.

Acaso sólo los verdaderos hombres,
aquellos que no saben vivir de rodillas en-
tiendan que la confirmación del amor es el
olvido o el desprecio: el término del viaje
inusitado: el siempre comenzar y el siem-
pre a la deriva: la evidencia del alba, otra
vez, en el cuerpo de una muchacha:

dame, joven virtuosa,
el reposo en la vida,
la evidencia del alba,
la línea de la nube;³⁶

Pero no se sabe. Porque tal vez esté di-
cho que no debe saberse nunca nada. Por
eso dice el poeta:

no he descubierto aún
por qué la pulsadora
no es un fruto,
un reflejo,
ni cuándo de la dicha necesaria
podrá nacer lo último:
la evidencia del alba.³⁷

Y tal vez de una sola cosa podamos es-
tar seguros:

Pero los hombres del alba se repiten
en forma clamorosa,

³⁶ "Problema del alma", p. 97.

³⁷ *Ibid.*, p. 100.

y ríen y mueren como guitarras pisoteadas,
con la cabeza limpia
y el corazón blindado.³⁸

Y debemos estar agradecidos

-0-

Ciudad Nezahualcóyotl-uam-A, otoño del
2005.

BIBLIOGRAFÍA

HUERTA, Efraín *Poesía, 1935-1968*. México,
Joaquín Mortiz, 1968, 225 pp. (series
del volador).

Contiene:

- *Absoluto amor*, 1935.
- *Línea del alba*, 1936.
- *Poemas de guerra y esperanza*, 1943.
- *Los hombres del alba*, 1944.
- *La rosa primitiva*, 1950.
- *Los poemas del viaje*, 1949-1953.
- *Estrella en alto*, 1956.
- *El Tajín*, 1963.
- *Otros poemas*, s/f.
- *Responsos*, s/f.

³⁸ "Los hombres del alba", p. 89.